

Caspe y el Bajo Arag

Entre sierras, entre dos agua

A photograph of a stone wall with battlements and an arched opening. The wall is made of large, irregular stones. The battlements are made of smaller, rectangular stones. The arched opening is in the foreground, and a white object is visible through it. The sky is overcast.

Aragón zaragozano: aguas



Cristina Arguilé y Rafael Terrén [textos y fotografías]

Entre dos sierras –la de Mequinenza y la de Caspe– y entre dos aguas –las del Ebro y las del Matarraña–, se ubica una tierra fronteriza, histórica y variada. 142 metros de altitud media dan nombre al Bajo Aragón, un territorio inmenso, compartido por dos comarcas: una turolense, con Alcañiz como capital, y otra zaragozana, cuya cabecera es Caspe.

El Bajo Aragón zaragozano está integrado por seis municipios: Maella, Fabara y Nonaspe, en las orillas del Bajo Matarraña; Caspe y Chiprana, a orillas del Ebro, embalsado y recrecido, y Fayón, en la confluencia de ambos ríos. Sólo seis pueblos se reparten casi mil kilómetros cuadrados en una de las comarcas con menor densidad de población de la provincia.

En el extremo oriental de Zaragoza, la comarca de Caspe / Bajo Aragón –o Baix Aragó, que para eso es una tierra bilingüe– comparte frontera con cuatro provincias: Huesca, Teruel, Lérida y Tarragona. El protagonista de estos paisajes es el río Ebro que, tras la

construcción de dos presas –Ribarroja y Mequinenza–, a finales de los años cincuenta del siglo XX, creció y se ensanchó engullendo dos pueblos –Mequinenza y Fayón– y los campos, casas, caminos y minas que había en el fondo del valle, desde Chiprana a Fayón. Ese embalse desmesurado, que, sin ningún reparo, denominamos Mar de Aragón, tiene en la actualidad una longitud de 110 kilómetros y hasta 500 kilómetros de costas interiores. Paradójicamente, la mayor lámina de agua de Aragón se enclava en uno de sus territorios más áridos, al sur del desierto de los Monegros.

La omnipresencia del río Ebro no debe eclipsar a otros ríos que vertebran y riegan la comarca como son el Guadalope, que llega desde Alcañiz para desembocar aguas abajo de Caspe; el Matarraña, que viene de los Puertos de Beceite, y el Algás, que se une al Matarraña, bajo Nuestra Señora de Dos Aguas, en Nonaspe.

Mar o montaña

El Mar de Aragón atrae a pescadores de todo el mundo, pues, poco después de la inun-



A la izquierda, vista de los tejados de Caspe y dos aspectos del Mar de Aragón, uno de los mayores atractivos turísticos de la localidad, con nutrida presencia de pescadores.

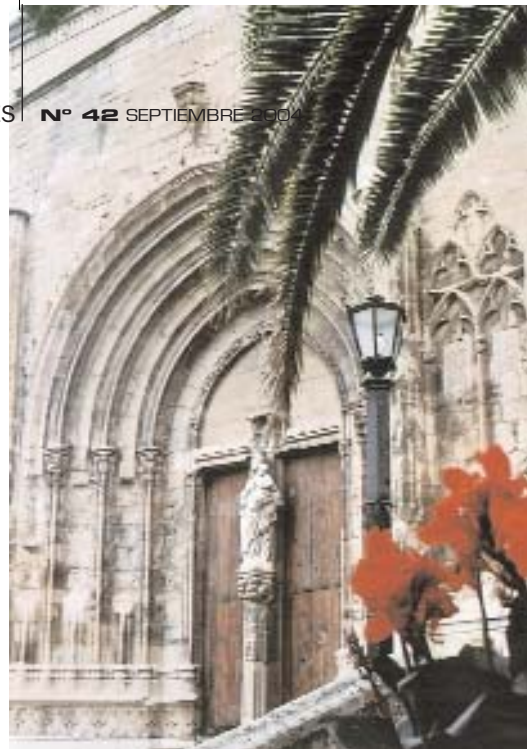
dación, en los sesenta, se repobló de peces foráneos. Así, siluros, percas, luciopercas, alburnos y cangrejos americanos se hicieron dueños de unas aguas que hasta entonces eran dominio de madrillas, barbos, esturiones, anguilas y cangrejos autóctonos. Actualmente, en las costas del Mar de Aragón, hay decenas de negocios dedicados a la pesca y se celebran hasta 30 campeonatos regionales, nacionales y mundiales de pesca. Lo que ya no hay son esturiones, anguilas y cangrejos aragoneses. Casi no quedan peces fraile ni margaritiferas auricularias, pero el temible mejillón cebrá se acerca peligrosamente.

El Ebro, en su último tramo zaragozano, desfila entre sierras agrestes, casi impenetrables. La serreta Negra y la Sierra de Mequinenza flanquean al río, pero hay más: al sureste de Caspe, la sierra que lleva su nombre se extiende desde la capital hasta Fayón, provocando que pueblos que parecen cercanos en los mapas queden relativamente aislados. Estas sierras son dominio de la única población de ciervos autóctonos de Aragón —unos 800—, pero también esconden jabalíes, zorros, jinetas, garduñas, comadreas, erizos y cone-

jos. Es territorio de pino carrasco, pero también de coscojos, enebros y matorrales como el romero, la ontina, la jara, la aliaga y las ginestras. En las vegas de los ríos, sin embargo, las especies propias del monte mediterráneo dan paso a álamos, fresnos, olmos, carrizales, tamarices... desde Caspe a la Magdalena, toda la orilla del embalse está cubierta por cerezos y melocotoneros. De Maella a Fayón, la vega del Matarraña acoge una de las huertas más productivas de Aragón. Los frutales se extienden a ambos lados del Bajo Matarraña, convirtiendo a esa comarca en «la pequeña California» aragonesa.

Nuestro viaje empieza donde engorda el Ebro, en Chiprana, un pequeño municipio famoso por sus lagunas saladas. Al llegar a Chiprana, no sólo hemos entrado en la comarca del Bajo Aragón sino que además acabamos de penetrar en tierras hospitalarias. Alfonso II de Aragón legó a los caballeros de la orden de San Juan el señorío de Caspe y, poco después, Chiprana y Nonaspe.

Chiprana es un pueblo cuidado, decorado con murales y esculturas, en el que encontramos sorpresas como su Herbario, con las raras especies de las saladas, o como la iglesia de San Juan, un templo barroco, por fuera, y mudéjar y profusamente decorado por dentro. En su interior, los escudos de la orden de San Juan se mezclan con los agramilados mudéjares.



Retablo de la Colegiata de Caspe y portada de la misma, al lado de los jardines del Compromiso.

Ciudad histórica

Caspe, cuenta la leyenda, fue fundada por T bal (nieto de No ), durante la expedición que éste realizó remontando el Ebro. En los alrededores de Caspe, se hallaron importantes yacimientos arqueológicos. Los más antiguos, que se datan entre los años 6000 y 3500 a. C., son las pinturas rupestres de arte levantino que se esconden en el abrigo del Plano del T o Pulido. De la Edad de Hierro, quedan varios yacimientos en los que se adivinan asentamientos urbanizados. Los  beros llegaron a la comarca, hacia el siglo V a.C., e introdujeron sus costumbres funerarias, sus monedas, su arte y su alfabeto. Para hacerse a la idea de la riqueza arqueológica de Caspe, lo mejor es acercarse a su ayuntamiento, donde hay una sencilla pero didáctica exposición de monedas, cerámicas, estelas funerarias y figuras  beras y romanas. La ruta turística por la ciudad del Compromiso ha de comenzar, necesariamente, en la Casa Palacio Piazuelo Barberán, una construcción barroca, en cuya planta baja está la oficina de turismo. Ana Rosa recibe a todos los viajeros sin escatimar atenciones y

guía a grupos en visitas, concertadas previamente. Cuando visitamos Caspe, las oficinas del ayuntamiento se habían trasladado bajo los arcos del Toril, pues el consistorio estaba en obras. Pero pudimos visitarlo y ver su puerta labrada –que explica parte de la historia de Caspe–, su cuadro del Compromiso, el salón de plenos y la exposición arqueológica. El ayuntamiento –clasicista– está junto a la casa Piazuelo Barberán, frente a los tres arcos apuntados del Toril. La plaza queda entre el núcleo primitivo de la ciudad (siglo XIII) y la ampliación que se hizo hasta el siglo XVII.

La calle Mayor, ahora peatonal, conduce a la Colegiata, ubicada en la Plaza del Compromiso. El último cuerpo de su torre –neoclásico– no debe ocultar la antigüedad del templo, que se construyó a partir del siglo XIII. En el exterior y en el interior de la iglesia, el estilo predominante es el más puro gótico aragonés. Tras subir la escalinata, una de las portadas más bellas de este estilo nos da la bienvenida. Al atravesarla, sobrecoge la grandiosidad de las tres naves de piedra desnuda. Juan Fernández de Heredia la con-



Nº 42 SEPTIEMBRE 2004 LA RUTA DEL MES



Caspe conserva numerosos testimonios de su intensa historia. El casco antiguo de Caspe está salpicado de pequeñas ermitas; torre de Salamanca carlista; y mausoleo de Miralpeix, salvado del agua.

sagró colegial, en el siglo XIV, y ahora lo conocemos gracias a una escultura de José Suñé que hay en los jardines de la Colegiata. Su sepulcro gótico fue destruido en la Guerra Civil.

Por los jardines de la Plaza del Compromiso se llega al Mausoleo de Miralpeix, que los caspolinos salvaron de la inundación. Justo detrás de la iglesia, está el Castillo del Compromiso o más bien lo que queda del mismo. Es increíble que una obra con semejante valor histórico se esté desmoronando. Desde el exterior, por detrás, se ve su torre circular y un muro almenado, además de dos arcos con relieves. La parte anexa a la colegial, sin embargo, está comida por la maleza y los escombros, esperando una actuación urgente que lo salve de la ruina.

El Compromiso

El castillo de Caspe fue testigo de un acontecimiento único: cuando murió Martín el Humano, el trono del reino quedó sin herederos. Comenzó el interregno y los parlamentos aragonés, catalán y valenciano deci-



dieron nombrar a nueve compromisarios que pusieran fin al vacío de poder. Con ese objetivo, se reunieron en el castillo de Caspe, en abril de 1412. Aunque había más candidatos, los que más papeletas tenían para reinar eran Fernando de Antequera y el Conde de Urgel. El 24 de junio, los compromisarios votaron y eligieron a Fernando de Antequera. Así entró en la Corona de Aragón la casa de los Trastámara, antecesores de Fernando el Católico. No es que Aragón saliera ganando, perdió algunos de sus derechos y señas de identidad, pero lo relevante de este hecho es que, por primera vez, fue una determinación consensuada y no una guerra la que decidió el desenlace.



Fayón, localidad reconstruida con el urbanismo típico de la colonización franquista, y vista del pantano desde la localidad.

Junto al castillo, hay un mirador con amplias vistas sobre la vega del Guadalope. En lo que es el núcleo primigenio de Caspe, está el Barrio Verde –aljama judía– con sus típicos callizos, puertas diminutas y con una ermita dedicada a San Indalecio. Este caspolino –cuenta la leyenda– acompañó al apóstol Santiago cuando se le apareció la Virgen del Pilar, en Zaragoza. Hay más ermitas en Caspe y todas son pequeñas y tienen un gracioso estilo popular: la de Monserrat, muy cerca de la Colegiata; la de la Balma, próxima a la estrechísima calle Gibraltar o la de San Roque, en una recoleta plaza que encontramos, subiendo hacia la Torre de Salamanca, son algunos ejemplos.

Por una cuesta que asciende por un pinar, se llega al curioso binomio formado por la Torre de Salamanca –carlista– y por la románica ermita de Santa María de Horta, otro de los monumentos que los caspolinos trasladaron para salvar de la inundación. En el castillo carlista (el más nuevo de Aragón) se ubica el Museo de la Heráldica de Caspe.

Dejamos en sus manos descubrir el resto de los atractivos de Caspe, que son muchos. Hay varios palacetes, góticos y renacentistas, por su casco urbano. Hay más iglesias, conventos y capillas. Pero además, está el Caspe moderno, bien dotado con servicios. No se debe abandonar Caspe sin degustar sus viandas, sin comprar una torta de balsa u hortalizas y frutas de su agradecida huerta. No podemos

dejar esta ciudad sin conocer sus fiestas y su jugosa oferta cultural. Su Semana Santa y su Representación del Compromiso de Caspe, a finales de junio, están declaradas Fiestas de Interés Turístico por el Gobierno de Aragón.

A Fayón

Por la margen derecha del Ebro, abandonamos Caspe. Por la carretera a Mequinenza, descubrimos la desembocadura del Guadalope, la Herradura, el Camping Lake Caspe, la isla Magdalena –con la ermita del mismo nombre en su seno– y Mas de la Punta, que está enfrente. Poco después, nos alejamos del cauce del Ebro para ir a Fayón. Penetramos en un territorio boscoso y accidentado, aunque sin grandes alturas. Los pinares y los olivares se alternan, en el camino.

Con nombre de origen árabe y antecedentes primitivos, Fayón creció y se desarrolló con el transporte fluvial, desde el siglo XIV. El pueblo original, inundado y desalojado a la fuerza, en 1967, estaba junto a la desembocadura del Matarraña y veía navegar almadías y llauts. Ahora, el pueblo nuevo está en el alto, tiene el urbanismo y la arquitectura típica de los pueblos de colonización del franquismo, pero está muy cuidado, ajardinado y limpio. A sus pies, ya no navegan llauts, sino lanchas, tablas de wind surf, motos acuáticas, canoas y kayacs. Sus



Nonaspe, donde el río Algás se une al Matarraña, y la iglesia de san Bartolomé, que preside la localidad.

aguas son el paraíso para pescadores y navegantes, escondidas por grandes acantilados y animadas por bosques ribereños y pinares. En su entorno destacan dos ermitas: la de San Jorge y la del Pilar, desde donde se domina la desembocadura del Matarraña. Otros lugares de interés son la Peña Bugarech y el Castillo de Fayón, además de la torre de la iglesia original que emerge de las aguas y de la ruina, pues se está restaurando.

A Nonaspe

Aunque Fayón y Nonaspe están próximos, por carretera hay que dar una vuelta considerable. A los pies de Nonaspe, discurre el Matarraña, por una rambla ancha y pedregosa, flanqueada por frutales. Desde su ermita de Nuestra Señora de Dos Aguas de Nonaspe, se ve la confluencia del río Algás con el Matarraña. El alto emplazamiento del caserío convierte a Nonaspe en un mirador sin igual, sobre la vega. Para llegar al pueblo, la carretera salva el cauce del Matarraña por un largo puente. Desde ahí se divisa todo Nonaspe encaramado, con la iglesia de San Bartolomé, al frente. Ascendemos para conocer de cerca este templo de origen románico, pero reformado, y el ayuntamiento de Nonaspe, que a su vez es el Castillo. Éste, perteneció a la Orden de San Juan, está totalmente rehabilitado y ofrece unas vistas magníficas



sobre el valle del Matarraña. El pueblo está lleno de detalles que le aportan un encanto especial: sus callejones, callizos, porches, arcos y casas...

Fabara

Nuestra siguiente cita será Fabara, localidad emplazada sobre un estratégico promontorio que domina aquella parte del curso del Matarraña y su huerta. Sobre su caserío destaca la iglesia de san Juan Bautista, construida bajo el patrón del gótico levantino en lo alto de la peña. Su perfil, rematado por almenas, asemeja un castillo y no un lugar para el culto. Junto a esta iglesia que conserva algunos detalles, hay un emocionado homenaje a todos los fabaroles que padecieron la guerra civil de 1936-39. Sin duda un sano ejercicio reconciliatorio, pues no olvidemos que esta zo-



Nº 42 SEPTIEMBRE 2004

nos o pobladores anteriores, eran atribuidos a los moros. Sin salir de esta plaza está el actual ayuntamiento, en un edificio noble de robusta presencia, que alberga el Museo de pintura consagrado a la obra del fabarol Virgilio Albiac, que hará las delicias de los amantes de la pintura contemporánea.

Por fin Maella

Desde Fabara cerraremos este *mesopotámico* círculo dirigiéndonos por la A-1412, curso arriba del Matarraña hasta Maella. Veremos entre olivos, a un lado de la carretera, las ruinas de la Trapa, convento que albergó desde el siglo VI los rezos de monjes de la regla de San Benito, calatravos, cistercienses y trapenses, en el XVIII. Algo tendría su rica huerta colindante. Maella tiene un claro carácter fronterizo: al menor descuido nos encontraremos en Batea o en Mazaleón, Tarragona y Teruel respectivamente. Está dominada por tres referencias arquitectónicas que hacen un perfil inconfundible: la Torre del Reloj, que alberga su ayuntamiento y auténtica seña de identidad, el castillo y la recientemente restaurada ermita de Santa Bárbara. Debió rivalizar su castillo en porte señorial con el de Valderrobres, Matarraña arriba, pero hoy no queda sino algún vestigio de aquel pasado, tras la terrible destrucción sufrida en 1837 durante la guerra carlista de turno y posteriores expolios cuyas huellas delatoras se pueden ver si prestamos atención. La Torre del Reloj domina el caserío maellano con sus cinco cuerpos de diferentes épocas. Desde Santa Bárbara obtendremos una magnífica panorámica de la rica vega que se extiende a orillas del Matarraña. Otras construcciones de obligada visita son las iglesias de San Esteban, a los pies del castillo y Santa María, junto a la Glorietta Vivonne, su lonja porticada o su puente de diez ojos. A modo anecdótico diremos que la virulencia de la última riada del Matarra-



Fabara conserva detalles de su pasado. Arriba, iglesia de san Juan Bautista. Abajo, plaza de España, desde los porches de su ayuntamiento.

na de Zaragoza sufrió como pocas las iras de aquellos convulsos días. Un detenido paseo por sus calles empedradas merece su plaza de España. El antiguo consistorio es ahora la Casa de Cultura, cuya balconada recuerda la inmortal secuencia de Pepe Isbert y su «Como alcalde vuestro que soy...». Se encuentra ubicado en lo que antaño fuera el castillo. A su izquierda una gran arcada da paso a un túnel en el que encontraremos viviendas habitadas. Son sus vecinas las que nos preguntan si ya hemos visto la *Caseta de los Moros*, refiriéndose al famoso Mausoleo, que se halla al otro lado del Matarraña, entre los frutales, no muy lejos. Para los colonos cristianos de la Reconquista, los antiguos restos de roma-



Desde las evocadoras ruinas del castillo de Maella se puede apreciar todo el contorno del pueblo. A la derecha, la imponente Torre del Reloj en la recientemente reformada plaza de España.

ña no sólo se llevó parte de la piscina, arbolado y caminos adyacentes al río, sino que redescubrió el décimo ojo, por lo que las fotos anteriores al año 2000 quedan obsoletas.

De la riqueza hortofrutícola

Un altísimo porcentaje de los melocotones DO Calanda proviene de este término bajo la égida de la Frutícola Maellana (FRUMA) y la S.C.A. San Lorenzo, dato que da una idea de la abundancia de sus campos y el buen hacer de sus gentes. También destaca el aceite ecológico y de la DO Bajo Aragón y un excelente vino que nunca abandonó la producción familiar y que algunos comercializan. Esto, junto a consistentes cárnicos tradicionales y delicados postres casi olvidados como los *fonuts*, conforman una despensa de primera fila. Algunas casas conservan restos del tradicional azulete, tan típico del Matarraña trolense, muchas de ellas con una fisonomía robusta, con arcadas de medio punto de grandes dovelas. No sólo esto vincula a Maella con el alto Matarraña, sino que su habla, una verdadera isla dialectal estudiada por reconocidos filólogos, está más próximo al habla de un rafelsino que al de un caspolino. Por si todo lo dicho fuera poco, aquí está la cuna de nuestro escultor más trascendental e internacional, Pablo Garga-

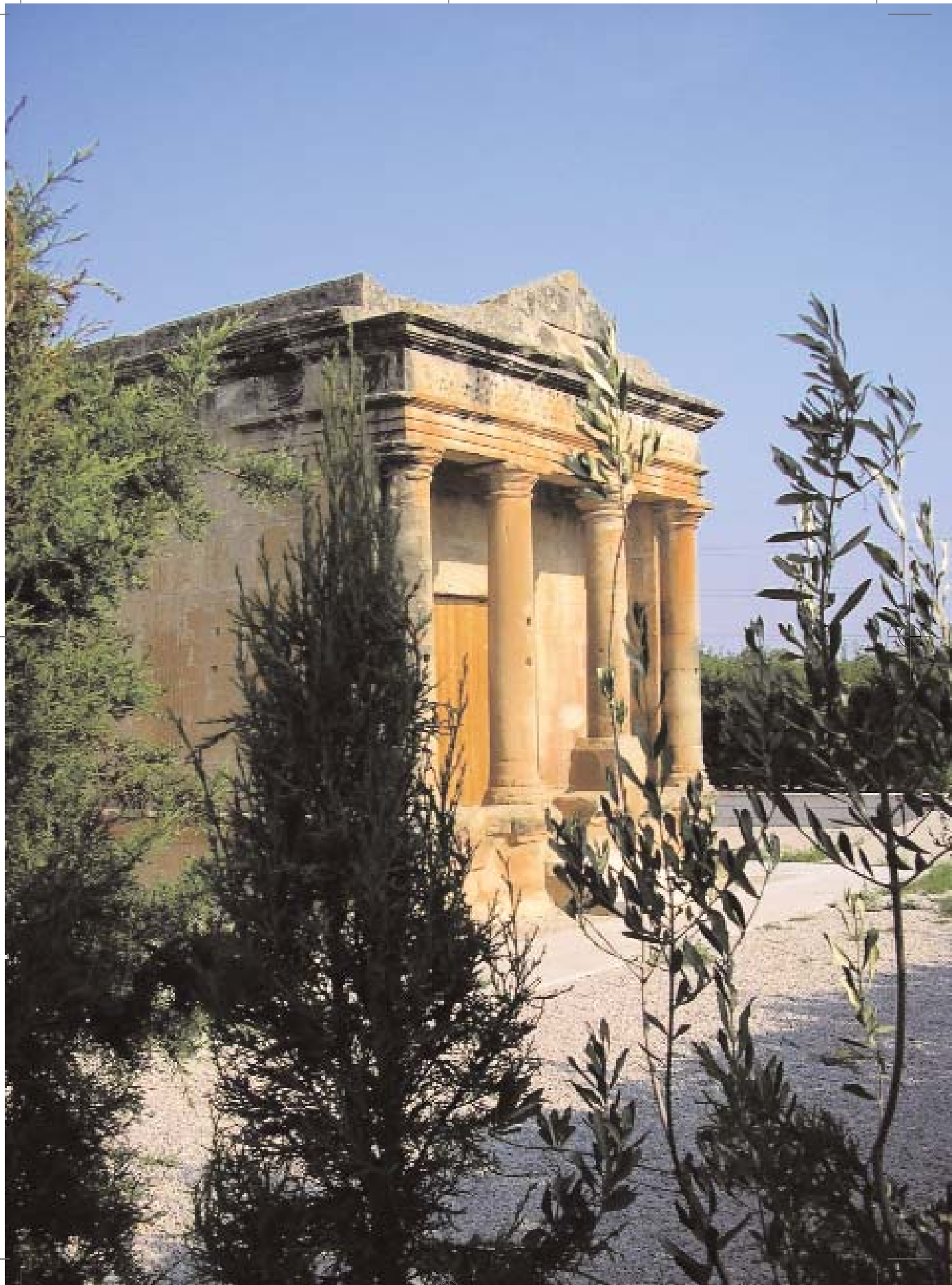


llo, en cuya casa natal puede verse un pequeño muestrario de su importante obra junto a retazos biográficos. Puede visitarse los sábados de 12 a 14 y domingos de 12 a 13:30h. Terminar en Maella este recorrido se nos antoja un digno final para una ruta cuyo *leit motiv* ha sido, casi sin proponérselo, su discurrir entre importantes cauces como el Ebro, el Guadalope o el Matarraña. ■

Información

- Oficina de turismo de Caspe (todo el año): 976 636 533
- Ayuntamiento de Caspe: 976 639 066
- Comarca de Caspe-Bajo Aragón zaragozano: 976 639 027
- Colección Rutas CAI por Aragón, nº 16. Caspe, el Mar de Aragón y el Bajo Matarraña. Zaragoza, 2004.







[AL MARGEN]

El legado de Mausolo

Los romanos se establecieron alrededor del río Ebro en pequeñas villas destinadas a explotar las tierras, sobre todo para exportar cereales, y, a juzgar por el tamaño y por la calidad de los tres monumentos funerarios que hay en la comarca –Chiprana, Caspe y Fabara–, debían de ser romanos potentados. Chiprana conserva un mausoleo romano, que fue integrado en su ermita de la Consolación. El Mausoleo de Miralpeix, en Caspe, fue trasladado piedra a piedra desde un lugar, hoy inundado, hasta el solar que hay junto a la Colegiata de Caspe. Se trata de un alto arco construido con grandes sillares que desafían a la gravedad y al paso del tiempo. Es imprescindible visitar el Mausoleo de Fabara, hoy protegido por un recinto para cuya apertura pediremos la llave en el ayuntamiento de Fabara o el bar restaurante El Farolet. Nos asomaremos indiscretamente a una de las huellas mejor conservadas del pasado romano peninsular. Construido por la familia Emilia, que vivió y murió en el siglo II de nuestra era, cuesta creer que haya superado en ese estupendo estado tantos y tan conflictivos siglos como los que jalonan nuestra historia. Casi seguro que entre sus armoniosas proporciones también se esconde el número áureo.